



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



3 de noviembre de 1888



Núm. 53



MEDITACIÓN

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

HÉTENOS ya en el segundo año de nuestra publicación.

A seguir la moda hoy dominante, tendría que manifestar yo ahora que con tal motivo me siento poseído de entusiasmo, que os saludo con entusiasmo, que vosotros habéis acogido con entusiasmo mis lucubraciones, y que, poseídos todos de entusiasmo, continuaremos (con entusiasmo) la senda que hemos emprendido desde un principio con no menor... entusiasmo.

¡Quién lo diría! En estos tiempos, tachados por algunos de escépticos y descreídos, es cuando mayor consumo de entusiasmo se ha hecho nunca. Somos unos hombres verdaderamente entusiásticos.

(Y lo bueno es que con tanto entusiasmarse nadie ha aprendido todavía que es un disparate emplear como adjetivo la palabra *entusiasta*, que es un sustantivo de tomo y lomo.)

Yo no alcanzo á comprender cómo con tanto y tanto entusiasmo hay quien conserva las ganas de comer; aunque, bien mirado, esos entusiasmos estallan casi siempre después de haber comido.

Con un pueblo así sería fácil todo si tales entusiasmos no fueran tan efímeros, si no pasaran como la visión de Job: *sicut navis, quasi avis, velut umbra*.

El entusiasmarse es ya una necesidad cotidiana para los españoles, como el andar, el fumar y el leer *La Correspondencia*. Yo pienso que al levantarse de la cama cada ciudadano se pregunta:—A ver: ¿por quién me habré de entusiasmar hoy?

Resultado de tal manera de sentir es el singular aspecto que ha tomado el lenguaje corriente, así hablado como escrito: la hipérbole, el énfasis, la propopeya, el ditirambo, la exageración, han dejado ya de serlo para convertirse en llanas y sencillas frases.

Yo, con rubor lo confieso, creo que no hay de qué ni por qué entusiasmarnos tan constantemente, y me figuro lo que pensarán los extranjeros al vernos tan prontos á estallar en aplausos y gritos, á caer en paroxismos de béatica admiración, á ponernos poco menos que de cuatro patas para rendir tributo de inenarrable maravillación ante el grande hombre, ante la gran cantatriz, ante la gran comedia de magia, ante el gran torero, ante el gran escaparate, ante el gran plumero, ó ante el gran bombo.

Ese adjetivo de *grande* no basta, empero, para los usos corrientes de la conversación: ya casi nadie lo emplea: hay que decir *grandísimo*, *magno*, *archimagno*, *inconmensurablemente superlativísimo*.

Como consecuencia de este modo de pensar, pronto habremos de renunciar á la multiplicación y dejar subsistente tan sólo la elevación á potencias.

En cuanto á mi opinión personal, es que estamos tocando el violón con tal manera de tomar las cosas, y que no hay para qué entusiasmarse en, con, por, sin, de y sobre todo, so pena de dar pruebas de tener un gusto muy fácilmente contentable y un juicio muy poco sólido cuando á tan poca costa se le hace girar como una veleta.

Recuerdo que un escritor parisiense de mucho talento y que goza de una autoridad de primer orden, M. J. J. Weiss, decía, no hace mucho, y está ya muy viejecito, que sólo se había entusiasmado dos veces en su vida. ¡Dos ve-

ces en su vida, cuando aquí nos entusiasmos á lo menos tres veces por semana!

Y no hablo de Barcelona, donde los entusiasmos se suceden al minuto.

Por lo tanto, como yo no tengo ganas de pecar por exagerado y extremo, me limito á aseguraros que estoy muy contento de que hayamos llegado



Arrepentimiento

tan campantes al segundo año de EL CAMARADA, y que espero continuaremos siendo tan buenos amigos como siempre, en la seguridad de que nuestra estimación no ha de sufrir altibajos, sino que ha de ser firme, tranquila é inquebrantable, como basada en el verdadero cariño que hacia todos vosotros tengo, y que, sin falsa modestia, creo le tenéis también á vuestro camarada

ANTOÑITO

Por el tranquilo cristal del río,
entre los cisnes, lirios y cañas,
dulce resbala la barquichuela
que lleva á bordo preciosa carga.
La una hermana curiosa lee,
mientras la otra hojas arranca;
el niño deja á un lado el remo
y sonriente su sed apaga.
Por el tranquilo cristal del río,
entre los cisnes, lirios y cañas,
va resbalando la barquichuela
que lleva á bordo preciosa carga.
A.



EL TROMPO

La más gráfica descripción del trompo que existe, está seguramente hecha por Virgilio, y figura en su poema la *Eneida*.

De aquí puede deducirse si el llamado *peón* ó *trompo* es digno de respeto y de que le sean entonados toda clase de ditirambos.

El conocimiento de causa con que el narrador de las luchas de Eneas hizo la descripción del más popular juguete de los niños, hace creer que el autor de las *Eglogas* y las *Geórgicas*, el mentor y guía de Dante en el *Infierno*, jugó al peón como cualquier simple mortal y sacó la moneda rodando de la raya.

¡Quién sabe si el grande Homero, si el padre de la poesía y el cantor de la tremenda cólera de Aquiles, jugó también al peón, á pesar de su ceguera, sublime como la de las estatuas!

El trompo debe haber nacido con el mundo y debe ser cosmopolita. Cada raza y cada pueblo han desarrollado sus músculos bailando el peón y viéndole trazar sus órbitas y su danza sobre su eje, al mismo tiempo que le han oído lanzar su largo zumbido de abejorrito.

Napoleón desearía, cada vez que desliaba la guita del trompo, enviarlo á destruir una nación, como si en vez del redondo tarugo de madera enviara balas de cañón al enemigo.

El baile debió tener su origen en la danza monótona del trompo. ¡Quién sabe si un cojo se puso á remedarle al son de primitiva música, y otro ser de dos pies perfeccionó después el primer paso numeroso del baile!

A semejanza de los demás juguetes de los niños, el peón sale á relucir en una época del año para tomar parte en los juegos.

¡Quién avisa á los niños cuando han de reemplazarse el *trompo* por el *tejo*, la *villarda* por la *comba*, y cómo saben cuando llega á cada uno su turno en el variado desfile de las estaciones?

Hay una lógica instintiva en este orden de los juegos.

Cuando el otoño humedece el suelo con las primeras lluvias, el peón traza con su punta, en la tierra, la circunferencia dentro de la cual habrán de caer las monedas para sacarlas á trompo bailando. Cuando el frío entumece los miembros, el instinto busca juego cuyo ejercicio encienda en las venas la



El gato y la ardilla

sangre ahuyentando el frío cobarde y la irresolución que presta al espíritu.

El juguete que nos ocupa es el más original y adecuado á la niñez.

Un trompo, puede decirse con el correspondiente permiso de la imagi-



El torrente

nación, tiene algo de ser viviente.

Antes de ceñirlo con la guita, no es más que un cuerpo casi esférico, una bola de madera, un diminuto globo terráqueo que no tiene mapa pintado, ni ríos, ni cordilleras, ni signo alguno geográfico; pero lo alza la mano sobre la cabeza, dispáralo con fuerza extraordinaria, tráese el *volantín* desliándolo instantáneamente del objeto, y el trompo adquiere en el acto vida, *individualidad* puede decirse, movimiento. Creyérase que

el niño, al tirar el trompo de la mano, *crea* un mundo con vida y rotación, un pequeño astro, opaco como la tierra, que adquiere, al salir de sus dedos, toda la armonía de los orbes y todo el encanto de lo creado.

¡Vedle bailar en el suelo! Mientras su hacedor le mira embebecido, él va y viene con solemne y augusto reposo, descubriendo círculos en la tierra, in-

clinándose á veces levemente como el globo terrestre en marcada época del año, y tan pronto tropieza y huye del obstáculo cogiendo el espacio que necesita, como á veces rodea al que dióle fuerzas é impulso, y siempre imita zumbido lejano, como el eco perdido de un torrente.

Pero el niño quiere jugar con su creación, y entonces se inclina y pasa el brevísimo mundo á su mano, mirándole en ella trazar sus movimientos de rotación y traslación.

Deslumbrado por el prodigio, le mira, le sonríe, clava en él los ojos subyugado; pero sintiendo de pronto el afán de destrucción, común al hombre y á los niños, lo ondea con equilibrado movimiento de brazo, inclina el cuerpo sobre tierra, y lanza la creación de su mano, que, rodando, va dando golpes y saltos por el suelo.

¡Oh, no quitéis al niño su trompo!

Antes de infundirle vida, será el mecánico que sueña con la resolución



El torrente

del invento, y, una vez que lo lance de su mano, será una inteligencia que crea, un genio, un Dios miniatu-
tura.

SALVADOR RUEDA



CONSEJOS Y MÁXIMAS

Lo primero que se debe aconsejar á los niños es que lo sean. No existe nada más cargante ni más antipático, para hombres y mujeres, que esas criaturas, bocetos de personas por lo redichas y formales, que atienden en las conversaciones, prefieren la tertulia á la cama, y hasta se permiten opinar en asuntos que no comprenden ó que no deben comprender. Siempre que tropiezo con uno de estos tipos me acuerdo del mono vestido de general que suelen llevar en brazos los titiriteros.

Cuando encuentres un pelo en la sopa, puedes hacer cualquiera de las tres cosas siguientes: apartar la vista del pelo, apartar el pelo de la sopa, ó apartar la sopa de tu lado sin alegar otra razón que la falta de apetito. Lo que no harás de ningún modo es pregonar á voces el hallazgo; pues obrando así, sobre excitar la repugnancia de los que comen, llamarás la atención hacia otros pelos posibles que acaso habrían pasado desapercibidos.



Los zuecos

La vanidad, que nos ofende en los grandes, nos hace reir en los pequeños.

Es un error creer que la juventud se educa en las escuelas ni en los colegios: lo más que puede hacer en ellos es instruirse; pero la verdadera educación no se adquiere en los libros:

nace del trato de las gentes, del predominio de la reflexión sobre las inclinaciones y de los mismos azares y peripecias de la vida. Ser instruído es mucho: ser educado es todo.



Los zuecos

El hombre que al llegar á la vejez no conserva en su corazón alguna reminiscencia de niño, es porque en su sangre de niño tuvo inoculada alguna partícula de viejo.

Nada hay tan hermoso como la humildad. Sed estatuas, y todo el mundo tratará de derribaros: sed mármoles bellos escondidos en la cantera, y todo el mundo deseará veros trocados en estatuas.

MANUEL DEL PALACIO





Son dos niños, dos hermanos,—si ella bella hermoso él.
Cual dos reyes en su trono—bajo espléndido dosel,
les preserva de los rayos—de aquel sol abrasador
el quitasol anchuroso—de algún viejo servidor.
Los que niños son ahora—¡cuán aprisa crecerán!
y ya entonces ni él ni ella—bajo el quitasol cabrán.
Por un lado irá la niña,—por otro lado el doncel:
no volverá ya á servirles—el quitasol de dosel.

A.

AH.

LA ENTRADA DE INVIERNO



CABABAN de salir los estereros y alfombristas de la casa, y ésta presentaba el aspecto de un ser modesto á quien ponen ropa nueva.

Gran día de alborozo para la gente menuda, que bulliciosa se esforzaba en ayudar á las personas mayores en la gran tarea, y ahora miraba con respeto la sala donde la pintarrajada alfombra tirante y blanda inspiraba el mismo respeto que un cuadro espléndido produce á un pobre aldeano. Espigaban por el suelo clavos, bramantes y pajitas, cuando entró el padre. Venía de la oficina y acudía al nido con el afán de un jefe que ansía revisar sus

tropas y el anhelo de un viajero que vuelve, después de mucho tiempo, al hogar.

¡Qué familia tan ejemplar la de D. Justo Promedio, empleado honradísimo de Hacienda que se complacía en plantear entre los suyos los planes rentísticos que imaginaba siempre enjugarían la deuda española!

No podía decirse de golpe quién era el más querido y cuál el más feliz de todos. ¡Qué vivas explosiones de afecto surgían al penetrar el *papaito* en el comedor!

Era la sala de confianza, el refugio de los pequeñitos, el cuartel general de los mayores, que sobre la ova-



El perro inteligente

lada mesa extendían sus batallones de cartón y sus cañoncitos de madera; la plaza mayor donde la niñera enseñaba estampas al recién destetado, á quien los colores vivos excitaban feroces apetitos y tremendos impulsos, junto á los mayores, serios y aplicados; y mientras devoraba el uno sus libros, picoteaba la otra con la aguja su cañamazo ó su dobladillo.

Algunas noches, el padre, atraído por aquel cuadro, leía su periódico ó repasaba algún expediente difícil, suscitándose conversaciones con la madre, que daban á la velada cierto sabor de consejo de familia.

Aquel día, Ricardito, el mayor, trajo mala nota del colegio. Elisa había alcanzado la banda y los pequeños estaban indispuestos.

—¿Por qué no supiste la lección, hijo mío?—preguntó el padre.

—No tuve tiempo de aprender todas las lecciones de ayer. Ya ve V., papá: son cuatro asignaturas...—replicó el niño.

—Está bien. Ya me veré con el profesor.

Y pensó seriamente en aliviar á su hijo del excesivo trabajo.

—Que sea enhorabuena, señorita. Y sepamos: ¿por qué se le ha concedido el honor del primer premio?

—Por el certamen de canto que tuvimos el jueves para los exámenes de Noche Buena. ¡Me ha dicho el maestro que será una gran tiple!

—Y una gran cocinera, añadido yo,—interrumpió la madre.—Ya sabes lo que te dije el otro día: aprende á servirte por ti sola y lograrás que te sirvan bien.

—¿Qué ha dicho el bueno de D. Miguel de estos diablillos?

—Repitió la receta del pasado año: aceite de hígado de bacalao, alimentación sana, y paseos al sol; por supuesto, siempre con sombrero y evitando el aire frío y la humedad excesiva.

—¿Hay ahora mucha difteria?

—Dijo que como siempre, y opina que la vigilancia constante es el mejor preservativo. ¡Ah! Tenemos que vacunar á Pepito.

—¿De la ternera?

—Per supuesto. Nada de *chucherías*,—exclamó al despedirse,—el estómago, en los niños, es origen de muchos incendios cerebrales.

—La sopa,—dijo la criada, depositando una sopera humeante y bien oliente, de la cual arrancaba reflejos dorados la lámpara central.

—A comer, hijos míos; pero al hacerlo no dejéis nada en vuestro plato: acordaos de los pobrecitos que no comerán y pensad que podéis necesitar algún día lo que tiráis con desprecio.

MADAME TOLOSA LATOUR

Octubre 1888



—NUESTROS GRABADOS—

MEDITACIÓN

La niña, cosa poco frecuente en ella, muéstrase como abstraída, cual si mirase ó escuchase algo que la dejara arrobada. Fácil es, sin embargo, la explicación de tal estado: es tan dulce una tarde de otoño, el sol en su ocaso tiñe con tal deslumbrantes arbores el cielo, las flores despiden tan suave olor y los pájaros cantan con tanta melodía, que preciso es tener el corazón de piedra berroqueña para no sentirse trasportado á otro mundo de



Arturo y sus gatos

ideas con aquel concierto de luces, sonidos y aromas, cuando se está á solas en un jardín lleno de árboles y plantas.

ARREPENTIMIENTO

Una niña llamada Felisa se escapó un día de su casa porque su mamá la había reñido, y fué al bosque resuelta á no volver al domicilio paterno. Corriendo de un lado á otro, entretúvose largo rato en coger flores y contemplar las avicillas que volaban entre los árboles. —Si mamá no me hubiese reñido,—pensó,—ahora tendría el mayor gusto en llevarle todo lo que acabo de coger; pero no volveré.

De repente Felisa vió una casita con la puerta abierta, y, acercándose poco á poco, encontró dos niñas que la invitaron á sentarse y á jugar. Sus nuevas amigas le ofrecieron un gatito, el cual aceptó gustosa; y cuando estuvo cansada de divertirse comenzó á pensar en su mamá, comprendiendo que no había obrado bien. Entonces despidióse y volvió corriendo á su casa, donde, arrepentida al ver la afición de su mamá, pidióle perdón por su falta, prometiendo no darle nunca otro disgusto.

LOS ZUECOS

En Holanda y algunos otros países de Europa los niños de familias pobres suelen usar esos zapatos de madera que llaman zuecos. Están socavados interiormente para que pueda

encajar la planta del pie, y producen mucho ruido cuando se anda. A los que no tienen la costumbre de usar este calzado, seguramente les sería muy incómodo y molesto.

En Italia algunas niñas usan patines. Son de madera también, y parecen una suela de zapato muy gruesa, provista de una correa que pasa de un lado á otro para sujetar el pie. No deja de ser difícil conservarlos en su sitio cuando se anda, y á veces quedan enclavados en el cieno cuando las niñas van por sitios pantanosos.

EL GATO Y LA ARDILLA

Cierta día, al volver de la escuela la niña Teresita, vió á su gato con una ardilla en la boca, y, compadecida del pobre animal, libróle del peligro que corría y rogó á su mamá que le curase las heridas. Cuando se hubo hecho esto, buscó un cajón y formó con él una especie de jaula para la pobre ardilla, poniendo á su alcance algunas nueces y castañas á fin de que no le faltara el alimento.

El pobre animal quedó, al fin, completamente curado; pero á los pocos días alguno hizo caer la caja, dejándola abierta, y cuando Teresa fué á dar el alimento cotidiano á la ardilla, sólo encontró algunas nueces cascadas, y cerca de ellas el gato, que se relamía tranquilamente.

EL TORRENTE

—¿Por qué no te estás quieto?—decía una niña á un torrente.—Quiero pasar á esa orilla cubierta de musgo, y tus revueltas aguas me dan miedo, aunque ahora no haces tanto ruido como otras veces.

—Nada temas,—contestó el torrente;—mientras veas mis aguas cristalinas, puedes pasar sin ningún cuidado: todo se reducirá á mojarle un poco los pies.

Tranquilizada la niña, llamó á su perro, y los dos cruzaron el torrente, llegando sanos y salvos á la orilla opuesta, cubierta por verde alfombra de musgo.

EL PERRO INTELIGENTE

Turco era un magnífico perro de los que llaman *del Monte de San Bernardo*. Su amo, un francés, fué á venderle en la ciudad, y un caballero se lo compró. Llegada la noche, el hombre volvió á la casa para robar el perro; pero el inteligente animal, como si comprendiera lo que su antiguo amo trataba de hacer, ladró con tal furia que llamó la atención de su nuevo dueño, é hizo huir al francés. Turco se dió á conocer muy pronto por sus buenas cualidades, y cuando algún vecino perdía su perro, sabía buscarlo y obligarle á volver á su casa.



La hada en el clavel

ARTURO Y SUS GATOS

El niño Arturo no tiene más diversión que sus gatos. Cuando el uno descansa entretiénese con el otro y le hace correr por toda la casa en pos de una pelota atada en la extremidad de una cuerda. Los saltos y cabriolas del animal le hacen reír á carcajadas, y no renunciaría á su diversión por todos los juegos del mundo.

LA HADA EN EL CLAVEL

Cierto día abrióse en el jardín un hermoso clavel rojo, y su dulce perfume despertó á una hada que dormía bajo el césped y fué á ocultarse en el cáliz de la bonita flor. Por la tarde la niña Elena bajó al jardín, y al ver el clavel detúvose para contemplarle y lo besó. La pequeña hada levantó su diminuta cabeza y selló también los labios de la niña. Esta no vió nada, pero sintió en su corazón una alegría inmensa, y, cogiendo la flor, llevósela á su cuarto para ponerla en un vaso de agua, diciendo á su mamá que deseaba conservarla siempre.

—¿Qué nombre pondré á esta flor?—preguntó Elena.

—El que tú quieras,—contestó la madre;—pero yo, en tu lugar, la llamaría *contento del corazón*.

EL OPOSSUM EN EL GALLINERO

Los niños de la casa acababan de acostarse, cuando la criada Felisa entró de pronto en su alcoba, con la luz en la mano, gritándoles que se levantasen, porque se había introducido en el gallinero algún animal y oíase mucho alboroto.

Apenas entraron, vieron á las gallinas corriendo de un lado á otro espantadas, y en un rincón un animalejo extraño, de espeso pelaje y ojos muy vivos, semejante por su forma á un cerdo pequeño. El intruso estaba despedazando una de las aves, y apenas dejó de comer cuando los chicos le atacaron.

Al fin Felisa cogió un palo muy grueso, y, descargando un furioso golpe en la cabeza del animal, dejólo sin vida. Después le cogió de la cola y enseñólo á los chicos con aire de triunfo.

—Es un opossum,—dijo la criada,—y su carne es muy buena para comer; pero sólo á mí me pertenece, porque le he matado.

El amo cedió á Felisa el opossum y mandó poner una trampa en el gallinero para evitar un nuevo percance.





LA ESTUFA DE PORCELANA

NOVELA INGLESA

Es imposible imaginar nada más delicioso que el viejo pueblecillo de Hall, situado en aquella parte del Tirol llamada el Alto Innthal. Todo lo favorece: las verdes praderas, las elevadas montañas, un río que baja directamente de los glaciares, tiendas á la manera antigua con réjas en las ventanas, una iglesia gótica, una torre que desde lo alto de su grandeza contempla el puente de tablas, un viejo castillo convertido en cuerpo de guardia, un claustro con columnas de mármol, tumbas y un calvario colosal de madera tallada.

En esta villeja habitaba, hace algunos años, con su familia, Augustito Strelha, en una pobre casa situada en la plaza irregular de la Iglesia.

Era un mocito de nueve años, sonrosado y mofletudo, con ojos de avellana y cabellos castaños rizados. Su madre había muerto, y su padre era pobre y tenía hartas boquitas que alimentar. En aquel país los inviernos son largos y rudos, y la tierra, durante muchos meses seguidos, desaparece bajo la nieve.

Aquel día, mientras trotinaba para regresar al domicilio paterno llevando una cántara de cerveza en sus manecitas coloradas y entumecidas, parecióle terriblemente fría y triste la noche. No pasaba casi nadie por las calles, porque los vecinos de Hall se acuestan temprano. Augusto no se atrevía á correr por temor de volcar la cerveza. Estaba medio helado y tenía su poquito de miedo, pero se daba ánimos repitiendo á cada momento:—Pronto estaré en casita, cerca del carísimo Hirschvögel.

Llegó por fin á la plaza de la Iglesia, ante la casa de Karl Strehla, su padre. ¡Pobre Augustito! Habíanle enviado por la tarde á un encargo, muy lejos, en el campo. Aquel encargo le había entretenido mucho tiempo, y así, al hacerse noche, imaginóse que le seguían lobos, y se tuvo por dichoso cuando vió por fin las luces de Hall. El gran espanto que había experimentado no le hizo olvidarse de ir á buscar la cerveza, y en aquel momento la llevaba con las mayores precauciones, aunque temiese á cada instante dejar caer la cántara; tan helados tenía los dedos. Cuando llamó en la gruesa puerta de encina, que bien tendría sus cuatrocientos años, abrióse al punto. Entró precipitadamente, y gritó tan fuerte como pudo, en alegre tono:—¡Oh, caro Hirschvögel: si no hubiese pensado en vos, creo que me hubiera muerto de frío!

La pieza donde acababa de entrar con tanto placer era una vasta sala desnuda y vacía, solada de ladrillos, cuya superficie era muy desigual. No había allí otros muebles que un viejo armario de nogal, muy hermoso, una gran mesa de madera basta y algunos escapeles. Pero en un rincón del cuarto, escapando desde allí su calor y reflejando también la luz cuando estaba iluminada por la lámpara, erguía una estufa, mejor diríamos una torre de

porcelana, de brillantes colores como la cola de un pavo real ó el estuche de joyas de una reina y coronada por figuras armadas, escudos, flores heráldicas: el más alto de sus pináculos estaba adornado con una gran corona de oro. Esta estufa llevaba la fecha de 1532 y las iniciales H. R. H., porque era, hasta en



El opossum en el gallinero

sus menores detalles, obra del gran alfarero de Nuremberg, Agustín Hirschvögel, que usaba aquella marca, según sabe todo el mundo.

Nadie conocía la historia de semejante estufa, á lo menos por completo; pero nada más que con verla adivinábase que había sido destinada á algún palacio y encargada por algún príncipe. En todos casos, nunca en su vida había sido más útil que en aquel momento, en que derramaba el bienestar y el calor en una bandada de pobres criaturitas. Aquellos niños, acurrucados en confusión sobre una vieja piel de lobo, acogieron á Augusto con gritos de alegría.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371. — BARCELONA.